

La
VENGANZA
de
PANDORA



Una
historia del
mundo antiguo
a través de
las mujeres

DAISY DUNN

CRÍTICA

DAISY DUNN

LA VENGANZA DE PANDORA

Una historia del mundo antiguo
a través de las mujeres

Traducción castellana de
Miguel A. Pérez

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2024

La venganza de Pandora
Una historia del mundo antiguo a través de las mujeres
Daisy Dunn

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Missing Thread*

© Daisy Dunn, 2024

© de la traducción, Miguel A. Pérez, 2024

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© de los mapas, John Gilkes

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-687-3

Depósito legal: B. 14.697-2024

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

Introducción	19
1. Pechos y toros	27
2. Obra de gigantes	51
3. Decadencia y cambio	71
4. La décima musa	91
5. El oráculo corrupto	117
6. Amazonas y reinas	137
7. La guerra de Atosa	153
8. Una manta compartida	177
9. Injusticias y ralladores de queso	203
10. Los juegos de Olimpia	233
11. La maldición de Dido	257
12. El precio de los higos púnicos	275
13. La educación de los Gracos	295
14. Conspiración en la encrucijada	321
15. Del saco a la cama	349
16. Para Fulvia	377
17. Las exiliadas	401
18. Emperatrices en la sombra	423
19. Cuerpo roto, mente inquebrantable	453
Conclusión	473
Notas	477
Bibliografía	533
Agradecimientos	547
Créditos de las imágenes	549
Índice analítico	551

Capítulo 1

PECHOS Y TOROS

Unas bridas púrpuras los niños, cabra, te pusieron
y un freno en la boca velluda y las carreras
ecuestres ahora remedan en torno al santuario
del dios, para que contemple sus juegos infantiles.

Ánite, *Antología griega*, siglo III a. C.

En la Constantinopla del siglo IX de nuestra era, un erudito y bibliófilo llamado Focio, que poco después sería beatificado, hurgaba entre sus manuscritos. Cualquier esperanza de encontrar algo en esa montaña tambaleante de reseñas, anécdotas y pensamientos ajenos era más remota cada día. Sin embargo, un par de renglones captaron su atención. La nota, garabateada a partir de un papiro del antiguo Egipto, hacía la sorprendente afirmación de que Homero había plagado sus obras épicas de una mujer.¹

Su nombre sería Phantasia y habría depositado sus libros sobre la guerra de Troya y las aventuras de Ulises en un templo de Menfis, al sur de El Cairo, donde los habría encontrado el joven aspirante a poeta. Impresionado por lo que leía, Homero habría pedido copias al escriba del santuario, las cuales utilizaría luego para redactar sus obras, la *Iliada* y la *Odisea*. Puede que el hombre a quien se recuerda por componer los poemas más antiguos de Occidente fuese un genio, pero al parecer también era un plagiador y un ladrón, que habría reclamado como suya la propiedad intelectual de una mujer.

Unos cuantos siglos después de que el santo Focio descubriera este curioso dato, Eustacio, arzobispo de Salónica, en Grecia, se topó con otra referencia a Phantasia.² Esta vez su fuente era un misterioso

Naucrates, quien la identificaba como poeta en Menfis y a Homero como alumno suyo o como un rapsoda egipcio. Afirmaba también que la escritora habría depositado sus obras acabadas en un templo dedicado a Hefesto.

Tres cuartos de milenio después, el novelista Samuel Butler se encontraba a bordo de un barco que hacía la travesía de Dover a Calais cuando entabló conversación con un pasajero que había leído acerca del impactante descubrimiento del arzobispo. Mientras este caballero le revelaba «la verdad» sobre el origen de las épicas homéricas, en la mente de Butler echaba raíces una sospecha de la que ya no se pudo librar nunca más. Parecía impensable que la *Iliada*, que está llena de descripciones de enfrentamientos bélicos, hubiese sido compuesta por una mujer. Pero hacía mucho tiempo que Butler pensaba que la *Odisea* era un poema más de andar por casa, propio de damas y diosas, una obra que rebosaba errores que un hombre nunca cometería. Porque ¡ningún varón podía ser tan ignorante como para describir un barco con dos timones, uno en cada extremo! ¡Ninguno podía ser tan bobo como para creer que de un árbol verde era posible obtener leña seca! En 1897, Butler publicó un libro con un título revelador e irónico: *La autora de la Odisea. Dónde y cuándo la escribió, quién fue, cómo se sirvió de la Iliada y cómo el poema creció entre sus manos*.

Algunas décadas después, Robert Graves, autor de *Yo, Claudio*, leyó esta obra y consideró que era un fiel reflejo de sus propias ideas sobre la *Odisea*. En su libro, Butler proponía la teoría de que Phantasia era un pseudónimo de Nausícaa, la princesa que ayudó a Ulises en Esqueria, esa isla mágica donde los árboles siempre tenían fruto. En palabras del escritor inglés, se trataba de «una muchacha testaruda y voluntariosa, acostumbrada a salirse siempre con la suya», que vivía, para mayor precisión, en Trapani, en la costa occidental de Sicilia.³ A partir de ese momento, Graves empezó a considerar que ella era la autora original y a imaginarla como una mujer joven, «ni alta ni particularmente hermosa».⁴

«¡Oh, Musas!», oraba la princesa en *La hija de Homero*, la novela de Graves de 1955, «¡entrad en el corazón de vuestra sirvienta Nausícaa y enseñadle a componer diestros versos hexámetros!» Su plegaria fue escuchada. Durante muchos años compuso un poema épico, escrito sobre papiros egipcios, que confió a un rapsoda para que lo cantase en todas las cortes reales de Grecia. «La *Iliada*, que admiro, ha sido ideada por un hombre para hombres», afirmó ella; «esta epo-

peya, la *Odisea*, será ideada por una mujer, para mujeres.» De este modo nació, en la imaginación de Graves, la *Odisea*.

Solo había un problema con las teorías de estos hombres. Phantasia era una invención. La referencia más temprana que hay de ella se remonta a los escritos de un gramático alejandrino del siglo II, llamado Ptolomeo Queno (un sobrenombre que significa «codorniz»). A pesar de estar rodeado de sesudos eruditos, esta codorniz era una especie de bufón, con una voraz propensión a lo absurdo, que a menudo inventaba referencias y citas espurias para dar más fuerza a sus descabelladas afirmaciones. También sostenía que Homero se había inspirado en una tal «Helena» para sus creaciones. Sin embargo, para los eruditos la verdad saltaba a la vista. *Phantasia* es la palabra griega para referirse a la imaginación, pero también a algo engañoso, a lo que se «muestra» en lugar de lo que «es», algo así como un «trampantojo».

Es posible que la existencia de Phantasia sea una de las bromas pesadas más duraderas de la historia de la literatura. Al hacerla pasar por la creadora de las épicas homéricas, Queno y sus seguidores engañaron a algunos de los lectores más instruidos de la historia.

Lo cierto es que en el siglo XIX y principios del XX no había tantos hombres dispuestos a creer que una mujer fuera capaz de componer una de las obras más célebres del mundo. Samuel Butler, Robert Graves y otros afines merecen cierto reconocimiento por defender ideas avanzadas para su época. Por otro lado, sus esfuerzos en este sentido arrojan luz sobre aspectos relevantes de la naturaleza de las épicas homéricas y del mundo del que estas proceden. Ambas epopeyas están ambientadas en una época cuatrocientos años anterior al momento de su composición. Remontarse a la guerra de Troya desde finales del siglo VIII o principios del VII a. C. era equivalente a retrotraerse hoy en día a los tiempos de la Armada Invencible. Si se tiene en cuenta que los poemas hacen un esfuerzo consciente por evocar la Edad del Bronce Final, una era en que las mujeres no solo trabajaban, sino que tenían una autoridad considerable en el seno de sus sociedades, ya no parece tan raro que la leyenda de Phantasia perdurase tanto tiempo.

Esta invención sirve como recordatorio de que, si se quiere comprender la posición de las mujeres de carne y hueso en la Antigüedad, es necesario remontarse en el tiempo a un período anterior a Homero y al desarrollo de la literatura. Hay que retrotraerse a las poblaciones

micénicas de la Grecia primitiva, que tuvieron su apogeo en la época del legendario Ulises, y antes que ellas, a la cultura de la que tanto aprendieron: la minoica, que floreció en Creta en la Edad del Bronce y que adoraba a divinidades femeninas. Es con ella con la que debe empezar nuestra historia.

Creta ha sido siempre una isla asociada a los toros. Incluso su forma es bovina en cierto sentido: una parte principal estirada a lo largo y que se extiende al sur del Egeo, cuyo extremo noroccidental se ve rematado por un par de cuernos perfilados con elegancia. Ya en la Antigüedad había discrepancias sobre las dimensiones exactas del territorio, hogar del legendario rey Minos, de la reina Pasífae y del Minotauro, mitad hombre y mitad toro. Se debatía si los istmos y promontorios de la isla debían incluirse en el cálculo, o solo el «cuerpo», del pecho al lomo.⁵ Un autor estimó que esta superficie superaba los 2.300 estadios de longitud y los 5.000 de perímetro. ¡Es demasiado!, clamó otro, que creía que la precisión lo era todo: como mucho son 4.100 en total. No, no, no, insistía un tercero: hay 2.000 estadios de largo. No se llegó a ningún consenso.

Las dimensiones de Creta (más tarde se confirmó que la isla medía 260 kilómetros de largo, unos 1.400 estadios, por otros 60 en su punto más ancho) eran importantes, porque la situaban en la vecindad no ya de un continente, como ocurría con muchas de las islas más pequeñas, sino de tres. En efecto, dos días y dos noches de navegación podían llevar a un barco desde la costa sur hasta Cirenaica, en Libia, mientras que desde el noreste de la isla hasta Egipto se tardaba el doble.⁶ El viaje a Asia Menor era fácil en comparación y la Grecia continental estaba a tiro de piedra, tanto que el arqueólogo sir Arthur Evans se refirió a la Creta antigua como «el primer peldaño de la civilización europea».⁷

Desde cerca del año 3000 a.C., la isla fue el hogar de poblaciones minoicas, que tenían una iniciativa y una habilidad espectaculares. Su cultura se desarrolló a principios de la Edad del Bronce y alcanzó su apogeo un milenio y medio más tarde, tras la construcción de edificios palaciegos tan intrincados que parecían laberintos. Bautizado por un erudito alemán del siglo XIX en honor a su legendario rey, el pueblo minoico no era de origen griego y su sorprendente modo de vida no tenía parangón en ningún rincón del mundo.⁸ Muchos aspectos de su civilización siguen siendo un misterio. Desarrollaron un lenguaje es-

crito, pero no dejaron una literatura, ni crónicas ni nombres de personas. Construyeron cámaras subterráneas debajo de sus salones, pero no queda constancia de para qué las usaban. Hicieron figurillas de mujeres de grandes senos con serpientes enroscadas en los brazos, como si fueran encajes; de hombres que saltaban por encima de toros; de gatos acomodados sobre las cabezas de la gente... pero apenas hay indicios de si estas imágenes eran escenas sacadas de su vida cotidiana o si se trataba de símbolos de alguna otra cosa. Sea como fuere, el arte y la arquitectura que se conservan dan la impresión de que a menudo en su sociedad, de una creatividad abundante, las mujeres ocupaban una posición destacada con respecto a los hombres.

Los orígenes de la población minoica han sido objeto de debate durante mucho tiempo. Se ha propuesto que llegó a Creta desde el norte de África, Asia Menor u Oriente Medio, pero, tras diez años de análisis del ADN mitocondrial extraído de huesos descubiertos en una de las cuevas de la isla, un estudio parece respaldar la hipótesis de que eran grupos de procedencia más local.⁹ Los resultados de este tipo de investigaciones son siempre controvertidos, porque su exactitud puede ser difícil de precisar. Sin embargo, las personas cuyos restos se analizaban en el estudio descendían en buena medida de habitantes del Egeo y del oeste de Turquía. De hecho, sus huesos se diferenciaban en poco de los de la población cretense moderna.¹⁰ El pueblo minoico era relativamente alto: la altura promedio de los hombres era de 167 cm y la de las mujeres era de 154 cm.¹¹ La esperanza de vida de los primeros era de unos 35 años, en el apogeo de esta civilización, y de apenas 27 o 28 años la de ellas, lo que reflejaba los peligros del parto.¹² En los restos óseos se han detectado rastros de osteomielitis, una infección de los huesos, así como de brucelosis, una enfermedad transmitida a través de los productos animales, sobre todo de la leche.¹³

Muchas de las prendas que usaba el pueblo minoico se considerarían hoy en día característicamente femeninas. Los hombres vestían pareos, similares a faldas, y coquillas. Además, portaban espadas y hachas de bronce. Las mujeres llevaban largas faldas estampadas con motivos geométricos, cinturones y, si se cubrían la parte de arriba, algo parecido a un corsé; de cualquier forma, en las obras de arte conservadas es muy común que lleven los senos al descubierto. Tanto a los hombres como a las mujeres les gustaban las joyas de oro y lucían el pelo largo y rizado. Se cree que inventaron la sandalia; por lo

menos, se piensa que la palabra griega *sandalon* procede de su lengua.¹⁴

Los jeroglíficos cretenses se desarrollaron en el norte de la isla hacia el año 2000 a. C., pero fueron sustituidos muy pronto por un sistema diferente de caracteres silábicos conocida como lineal A. En esa época, el arte de la escritura ya estaba bien asentado en otras partes del mundo, incluido Egipto. La civilización sumeria, que controlaba Mesopotamia y estableció poderosas colonias en el este, fue la primera en estampar los agudos perfiles del cuneiforme en tablillas de arcilla, hacia el cuarto milenio a. C. De hecho, la primera persona del mundo en escribir un texto de la que se conoce el nombre fue una mujer sumeria llamada Enheduanna, poeta y sacerdotisa, de la que se hablará más adelante. El sistema lineal A minoico tenía una apariencia muy diferente de la escritura cuneiforme y consistía en una serie de signos e ideogramas con muchas líneas, diseñados para representar objetos comunes y productos cotidianos, como el aceite de oliva, el vino o el ganado.¹⁵ Parece que se utilizaba más para confeccionar listas y llevar la contabilidad que para la literatura. Aún no se ha descifrado por completo.

Entre los historiadores griegos de épocas posteriores, Creta era famosa porque fue la primera civilización que tuvo una flota y dominó el Egeo.¹⁶ Se han descubierto instalaciones minoicas para navíos en varios lugares, incluido Kommos, en la costa meridional de la isla, y en Katsamba, cerca de Heraclión, en el norte.¹⁷ Las embarcaciones variaban según el uso al que estuvieran destinadas. Algunas estaban equipadas de un modo muy práctico y sus fines eran comerciales, mientras que otras tenían una apariencia encantadora, con guirnaldas de adornos en forma de campana que cruzaban la nave de proa a popa y se unían en el mástil, o toldos lujosos que protegían del sol a los remeros, bajo la cubierta. Navíos de este tipo parecían prometer los placeres de un crucero por diversión. El primer barco hundido de esta época descubierto fue hallado y excavado a principios de este siglo por Elpida Hadjidaki-Marder, una arqueóloga submarina que creció en Chania, al noroeste de Creta.¹⁸ Guiada por su intuición, esta investigadora centró sus esfuerzos en la zona frente a Psira, un islote de la bahía de Mirabello, al noreste de la extensión principal de tierra, donde dio con algo extraordinario. Aunque ya no quedaba ni rastro del navío de madera, su cargamento, que consistía sobre todo en ánforas de cerámica para transportar aceite o vino, aún yacía en el fondo del mar. El barco minoico se había hundido hacia el año 1750 a. C.

Su pericia en la construcción de navíos permitió a la población cretense establecer muchos asentamientos en ultramar. Así, fundaron colonias en las islas vecinas, como Trianda en Rodas, Kastri en Citera, Acrotiri en Thera (más conocida como Santorini) y otras más lejanas. Giza era, como mínimo, uno de sus enclaves comerciales. Al igual que Pompeya y Herculano en el año 79 de nuestra era, la ciudad portuaria de Acrotiri quedó cubierta de cenizas durante una catastrófica erupción volcánica entre el 1600 y el 1530 a. C., lo que permitió su conservación. De este modo, las excavaciones modernas pudieron constatar la extensión de sus redes de intercambio, que iban hasta Creta, Egipto, Siria y más allá. El trazado urbano contaba con una plaza central en forma de triángulo, rodeada de elegantes calles bordeadas de casas de varias plantas. Uno de los frescos de estilo minoico que se recuperaron bajo los escombros muestra unos monos de una especie que se cree originaria del subcontinente indio.¹⁹ Identificados hace poco como langures grises gracias a la extraña cola de los animales, que apunta hacia abajo, estos simios aparecen pintados en un tono poco usual de azul, como los babuinos en los murales cretenses, según una convención artística que sirve para poner de relieve el exotismo de estas criaturas.²⁰ Estas pinturas constituyen una evidencia circunstancial pero impactante de la existencia de Rutas de la Seda más de un milenio antes de lo que se pensaba.

Los asentamientos minoicos intercambiaban productos con los pueblos de las Cícladas y de Egipto casi desde los albores de la civilización cretense. El arte egipcio muestra las primeras expediciones comerciales a principios del siglo xv a. C., cuando la faraona Hatshepsut ocupaba el trono. De hecho, hubiera sido propio de ella dar el primer paso en este vínculo mercantil, ya que era muy proclive a abrir nuevas rutas, incluso más que su marido y hermano por parte de padre Tutmosis II.

Hatshepsut fue coronada «rey» femenino en un claro desafío a las convenciones, mientras actuaba como regente junto con su hijastro, tras la prematura muerte de su marido. No consta lo que opinaba el joven de este apaño. Es posible que en este caso se siguiera el ejemplo de su antecesora lejana Merytneit, de la dinastía I. En las imágenes, la faraona aparece a menudo vestida con ropas masculinas e incluso con una barba postiza.²¹ Entre sus obras de construcción se encuentran dos extraordinarios obeliscos de casi treinta metros de altura, aún visibles en el templo de Amón en Karnak. Falleció tras veinte años en

el trono, con toda probabilidad por causas naturales, y fue enterrada en un templo funerario cuyos relieves narran episodios de su vida.²² Estos comienzan a partir de su concepción como hija de Tutmosis I, que aparece representado como el dios del sol Amón-Ra, y de su esposa, la princesa Ahmose, antes de mostrarla modelada en arcilla, como Pandora. Algunas de las escenas más vívidas registran su expedición a la tierra de Punt, en África oriental, de donde trajo tesoros como incienso y mirra. Además, estableció explotaciones mineras en el Sinaí para extraer cobre y turquesas y convenció a las ciudades fenicias (cananeas) del Levante mediterráneo para que le suministraran madera con la que construir barcos. Del mismo modo, es probable que llegase a un acuerdo con los primeros asentamientos cretenses. En las fuentes egipcias se denomina a la población minoica como habitantes de «Keftiu» (Creta) o de las «islas en medio del Gran [mar] Verde».²³ Las pinturas de la tumba de Rejmira, alto funcionario real de la misma dinastía que Hatshepsut, muestran algunos de los artículos que trajeron los comerciantes minoicos. Estos hombres, cuyas representaciones fueron modificadas después para mostrarlos como marinos micénicos de una época posterior, aparecen de perfil, vestidos con pareos y portando grandes ánforas, recipientes de metal y cabezas de animales esculpidas.²⁴ También traían a Egipto tejidos y madera, con la que construir más barcos y monumentos, y a cambio recibían objetos como escarabeos.

La civilización minoica veneraba el agua y la vida que nada bajo su superficie. Sus cerámicas estaban cubiertas de imágenes de peces, delfines y enormes pulpos de tentáculos ondulantes y ojos penetrantes. Para fabricarlas, empleaban ruedas de alfarería, que hacían girar y con la que conseguían una producción más veloz.²⁵ Sus ropas más elegantes resplandecían con un tono púrpura que obtenían a partir de otra criatura marina. Se han descubierto en Creta, sobre todo en Palaikastro, Kommos y Malia, montañas de conchas de *Murex* de época minoica, lo que demuestra que ya se utilizaban estos moluscos para elaborar tinte de ese color miles de años antes de que los romanos pusieran de moda el «púrpura de Tiro».²⁶ Pescados y mariscos también formaban parte de la dieta minoica, pero en menor cantidad que las carnes, como el cordero, las aves, la liebre, la cabra y el cerdo, que cocinaban sobre las brasas, así como el trigo, el mijo, la cebada, las legumbres, los higos, las uvas, las granadas, las almendras, los pistachos y el azafrán. Hay pinturas murales que muestran la recolec-

ción de este último condimento, realizada con tal devoción que parece sugerir que la especia desempeñaba un papel en los rituales religiosos, además de usarse en la cocina y para el tinte de tejidos.

La vida en la Creta minoica podía ser cómoda, pero era impredecible. El conocido como «Mosaico de la ciudad», una serie de pequeñas placas realizadas hacia 1700-1600 a. C., revela que las casas de la isla (algunas cuadradas, otras más altas que anchas) estaban hechas de adobe, tenían varias plantas y contaban con ventanas solo en los pisos superiores.²⁷ Muchas viviendas incluían bañeras de terracota, cisternas y patios interiores. Las más lujosas se construían con sillares de piedra labrada e incluían amplios salones centrales, almacenes, las misteriosas cámaras subterráneas y entradas de luz, de modo que el sol inundaba incluso los rincones más oscuros.²⁸ Los «palacios» eran las más espaciosas de todas las propiedades. Su construcción coincidió con el desarrollo del lineal A y se produjo a continuación de un período de gran inestabilidad. En torno al 2200 a. C., varios de los primeros asentamientos de la isla fueron destruidos y abandonados, tal vez a causa de una sequía. Los primeros complejos palaciegos se construyeron entonces, pero sucedieron nuevos desastres.²⁹ Es probable que en esta ocasión fuesen guerras o terremotos los responsables de la destrucción de muchas de las nuevas edificaciones, que quedaron arrasadas hasta los cimientos. Más tarde, los palacios fueron reconstruidos con tanto lujo que superaban en esplendor a cualquier edificio que pudiese existir en esa época en el mundo occidental.

Fue Arthur Evans quien denominó «palacios» a estas construcciones. Evans era hijo de un rico fabricante de papel y había estudiado en Oxford. Llegó a Creta a finales del siglo XIX, con una ambición muy superior a su experiencia. Su hermana por parte de padre, Joan, lo describió como un muchacho «pequeño y más bien insignificante», con una mirada fija e inquisitiva consecuencia de su severa miopía.³⁰ Aunque «no veía lo bastante como para jugar al cricket», el diminuto erudito tenía buen ojo para el arte, algo a lo que pudo sacar partido cuando pasó a ser gerente del Museo Ashmolean de Oxford, a mediados de la treintena. Era una persona de energía desbordante y transformó el revoltijo caótico de objetos que encontró en las salas de exposición en una colección de fama mundial. Trasladó el museo a un edificio cercano más espacioso, reorganizó la exhibición y amplió los fondos gracias a oportunas adquisiciones. No obstante, su interés por los enigmas minoicos se volvió más acuciante cuando

compró por casualidad unos sellos cretenses de piedra en un mercadillo de Atenas.

Para entonces, Cnosos, cerca de Heraclión, en el norte de Creta, ya era un yacimiento arqueológico conocido. Habitado desde el Neolítico Inicial, hacia el 6000 a. C., se convirtió en uno de los grandes centros de la civilización minoica cuando fue elegido para albergar un complejo palaciego de cientos de salas. En 1878, un acaudalado empresario de la isla, llamado Minos Kalokairinos, descubrió los restos de la edificación y cribó el suelo sobre el que se erigía el llamado segundo palacio. Sin embargo, buena parte del yacimiento seguía tentadoramente enterrada, como cangrejos escondidos bajo la arena. A Kalokairinos se le había denegado el permiso para excavar todo el complejo por temor a que cualquier hallazgo pudiera ser trasladado a Constantinopla,³¹ ya que Creta seguía bajo control otomano. Para frustración del empresario, una vez que la isla obtuvo la autonomía en 1898, un funcionario cretense permitió a Evans comprar parte de Cnosos y se aprobó una nueva ley que autorizaba al inglés a iniciar su propia excavación, a pesar de que había sido Kalokairinos quien le había hablado del yacimiento en primer lugar. El empresario llevó a Evans a los tribunales, pero no tuvo éxito.

Evans carecía de formación académica como arqueólogo. De hecho, había adquirido la mayor parte de sus conocimientos en excavaciones privadas, en las que había participado desde su juventud. Lo que sí tenía era buen ojo, a pesar de la miopía, y sobre todo unos fondos considerables. La repentina muerte de su esposa Margaret, cuando ambos estaban apenas en la cuarentena, le proporcionó la determinación que necesitaba para dejar a un lado su aversión al agua («ese elemento incierto»), escoger un equipo y emprender la difícil travesía hasta Creta.³² En los años siguientes, Evans fue noticia en todo el mundo, al dirigir la que sigue siendo una de las excavaciones más apasionantes jamás realizadas. Sin embargo, mientras sus numerosas cuadrillas de trabajadores y trabajadoras cribaban la tierra, otra arqueóloga los observaba.

Harriet Boyd había nacido en Boston en 1871. Estudió en el Smith College de Massachusetts antes de presentarse voluntaria como enfermera en el ejército griego durante la guerra greco-turca. Menos famosa que Evans en las décadas siguientes, pero mejor cualificada para el trabajo de campo, no hizo caso a quienes le decían que la arqueología era cosa de hombres y emprendió desafiante su propia ex-

cavación en Creta. Con fondos de una beca universitaria que recibió, a partir de 1901 completó tres temporadas en Gurniá, al noreste de la isla, con lo que se convirtió en la primera mujer de la historia en dirigir un proyecto arqueológico en Creta y en publicar los resultados del mismo.³³ Se daba la circunstancia de que Boyd había visitado Cnosos un año antes, a tiempo para observar y dibujar algunos de los descubrimientos más intrigantes de Evans. Así, en abril de 1900, salió a la luz una estancia muy amplia, con un asiento de yeso unido a uno de los muros y rodeado de impactantes frescos rojos de grifos. Según cuenta Boyd, «al momento» el inglés lo bautizó como «el trono de Ariadna», la hija de Minos, como si la autenticidad histórica de la princesa fuera algo confirmado.³⁴ Sin embargo, a Evans le salió el tiro por la culata, como era evidente a ojos de la norteamericana. Convencido de que el asiento era demasiado pequeño para un *derrière* femenino, el graduado en Oxford renunció a esta improbable atribución y adoptó la idea, igualmente romántica, de que había descubierto «la sala del trono» de un rey y sacerdote, tal vez del propio Minos.

Las leyendas en torno al mítico soberano cretense llevan miles de años en circulación, tal y como se cuentan en la obra de Homero. Se decía que, una vez muerto, Minos se sentaba con un cetro de oro en el umbral del Hades, donde juzgaba a los espíritus del inframundo.³⁵ En vida, fue un gobernante muy temido, aunque le persiguió el infortunio. Según el mito, su esposa Pasífae era hija del Sol y fue consumida por una lujuria antinatural. Minos le había prometido a Poseidón sacrificar su mejor buey, pero no había cumplido su promesa y para castigarlo el dios del mar lanzó una maldición contra Pasífae. Esta, dominada por un deseo que no podía satisfacer en forma humana, encargó a Dédalo, el más hábil de los artesanos de Creta, que le construyera una vaca de madera. Este montó un armazón sobre unas patas lo suficientemente grande como para que ella pudiera introducirse y adoptar la posición más conveniente para mantener relaciones sexuales. De alguna forma milagrosa, dentro de este armatoste concibió una criatura híbrida.

Dédalo mantuvo su lucrativo puesto tras el nacimiento del monstruoso Minotauro. Diseñó y construyó el enorme laberinto que ocultaba al ser, parte hombre y parte toro, el cual devoraba a las siete muchachas y a los siete muchachos que Atenas tributaba periódicamente, como castigo por el asesinato del hijo de Minos en esa ciudad. Según el mito, Teseo, considerado un héroe, llegó de Atenas para

poner fin a esta horrible práctica y se ganó el corazón de la princesa Ariadna. Esta, perdidamente enamorada, dio a Teseo el ovillo de hilo que necesitaba para escapar de la traicionera guarida, junto con la confianza en sí mismo que le faltaba para acabar con la bestia.³⁶ Dédalo decidió escapar de Creta y del dominio del imprevisible rey gracias a unas alas pegadas con cera que le permitían elevarse por los cielos. Fue durante este vuelo cuando su amado hijo Ícaro se acercó demasiado al Sol, lo que provocó que la cera de sus alas se derritiera: cayó y se mató. Para colmo de males, cuando despertó Ariadna descubrió que Teseo la había abandonado en la isla de Naxos sin siquiera una palabra de despedida. Su desamor y su desesperación ante la crueldad de los hombres han sido immortalizados en poemas a lo largo de toda la historia, aunque nunca de forma tan conmovedora como el que compuso Catulo, el poeta del amor, en el siglo I a. C., en unos versos inspirados en la decoración de una colcha.

Evans había excavado yacimientos en Bosnia, Italia y Sicilia antes de recalar en Cnosos. Sin embargo, a pesar de su cosmopolitismo, veía la cultura minoica sobre todo a través de las lentes de sus experiencias en el imperio británico. Para empezar, dio por sentado que unos edificios tan suntuosos como los que había hallado solo podían corresponder a una monarquía dirigida por un rey. Era razonable suponer que el antiguo complejo albergaba a los miembros más influyentes de la élite, pero no había pruebas de la existencia de un rey Minos en la vida real. De hecho, ni siquiera las había de que la Creta minoica estuviera gobernada por hombres. Por otro lado, las edificaciones en Cnosos no constituían un «palacio» en el sentido convencional del término. Se trataba más bien de un centro cultural con talleres, almacenes para enormes *pithoi*, grandes vasijas contenedoras, salas para la administración y el archivo de tablillas escritas, espacios para realizar sacrificios religiosos, un patio central, alojamientos señoriales y un alcantarillado que funcionaba a la perfección. En ambición y extensión eran comparables a las de la ciudad amurallada de Erlitou en China, construida un poco antes, hacia 1800 a. C., en el valle del río Amarillo, y repleta de talleres y tumbas.³⁷ Aunque había más complejos palaciegos en otros lugares de Creta, como Malia, Festo y Galatás, el segundo palacio de Cnosos, que sustituyó a la estructura destruida con anterioridad, era con diferencia el más grande e intrincado y ocupaba casi dos hectáreas.

Quienes accedían al complejo desde el sur entraban por el porche a un largo pasillo que los conducía ceremoniosamente hasta un patio

central, mayor que cuatro canchas de tenis actuales juntas (del mismo modo, el atrio del palacio de Festo, al sur de la parte central de Creta, podía albergar a cientos de personas). Quienes lo hacían desde el noroeste atravesaban una sala más majestuosa, con columnas centrales. En la cultura minoica, estos soportes arquitectónicos tenían la poco habitual característica de estrecharse en la parte inferior, de modo que su diámetro era menor hacia la base. La «sala del trono» se encontraba al oeste del patio central, mientras que los alojamientos que Evans asoció con la familia real de Cnosos se hallaban en el ala opuesta. Los más lujosos de estos eran las estancias conocidas como las «habitaciones de la reina», ya que disponían de una bañera y un inodoro, ambos conectados a un sofisticado sistema subterráneo de alcantarillado. Estas salas constituyen una prueba más de la importancia de las mujeres en la corte minoica.

Un exquisito fresco de delfines adornaba una de estas regias estancias. Como muchas de las obras de arte descubiertas en Cnosos, fue restaurado de manera muy considerable por un artista y arquitecto bajo la supervisión de Evans. Estas restauraciones o «reconstrucciones», realizadas en diversas partes del palacio por el arqueólogo inglés y sus colaboradores artísticos, fueron muy controvertidas desde el primer momento y con toda la razón. Las reparaciones de columnas y tejados estaban justificadas por la necesidad de proteger el lugar de los elementos. De hecho, sendos terremotos sacudieron el lugar en 1926 y 1930, como ya había sucedido en el pasado. Por último, la construcción de un nuevo suelo permitió el acceso a muchas obras de arte que de otro modo habrían permanecido ocultas. Sin embargo, Evans fue más allá de lo estrictamente necesario. Así, el arqueólogo griego Spyridon Marinatos le criticó por «tomarse libertades que superan lo deseable» en lo que se refiere a la reconstrucción de puertas y ventanas y en la disposición de algunos frescos.³⁸ De hecho, la reelaboración de pinturas murales, muchas de ellas realizadas por los artistas suizos Émile Gilliéron *et fils*, suscitó protestas aún más enconadas. Así, los rostros de tres mujeres minoicas que estaban de pie frente a una pared azul se recrearon más o menos *ex nihilo*. Un académico francés, que vio algunas de las imágenes de estas *femmes élégantes*, con pintalabios rojo y permanente impecable, exclamó: «*Mais, ce sont des Parisiennes!*».³⁹ El novelista Evelyn Waugh, que visitó el lugar a finales de la década de 1920, comparó la apariencia de estas mujeres con la de las modelos que aparecían en las portadas de *Vogue*.⁴⁰

Aunque algunas de las intervenciones de Evans fueron desacertadas, sus interpretaciones eran comprensibles, incluso cuando eran poco sólidas. Algunos de los elementos menos realistas del mito cretense se podían discernir con facilidad en los restos excavados. Puede ser que no hubiera un Minotauro, pero el palacio en sí era laberíntico, enrevesado y misterioso, y bien podía ser fuente de leyendas sobre lo que acechaba en su interior. De hecho, aparecen imágenes de laberintos en un fresco primitivo del propio Cnosos, en tablillas escritas en torno al año 1200 a. C. y en monedas del siglo v a. C.⁴¹ El mismo Evans acabó por considerar que el edificio cumplía esta función en un sentido literal. Por otro lado, el símbolo de un hacha de doble filo aparecía en muchos muros, columnas y obras de arte y el arqueólogo inglés recurrió a la palabra griega *labrys* para referirse a él.⁴² La relación lingüística que propuso entre este término y el palacio como *laberinto* es dudosa, pero es cierto que el nombre griego *labyrinthos* está emparentado etimológicamente con las sílabas «da-pu-ri-to», que sí aparecen en tablillas encontradas en Cnosos. Es posible que el palacio, o alguna otra construcción en Creta, fuera en efecto conocido en la Edad del Bronce como un laberinto.⁴³ Se da la circunstancia de que el hacha de doble filo aparece muy a menudo en manos de mujeres, como si fuera un símbolo del poder femenino, lo que parece reforzar el argumento según el cual ellas ocupaban el centro de este mundo laberíntico.

Del mismo modo que el templo funerario de Amenemhat III, un «laberinto» de unas tres mil estancias construido hacia 1800 a. C. en Hawara, cerca de Cocodrilópolis, en Egipto, el segundo palacio de Cnosos sumía a quienes lo visitaban en una red de pasillos tan enmarañada y extensa que, al igual que el Minotauro, es posible que nunca pudieran encontrar la salida de nuevo.⁴⁴ Puede que Dédalo no existiera en realidad, pero la artesanía era tan importante para la cultura minoica que una parte considerable de las ciudades y los complejos palaciegos se dedicaba a talleres. En Cnosos se practicaban la alfarería, el trabajo en piedra y otros oficios, mientras que Harriet Boyd (Hawes tras su matrimonio con el antropólogo británico Charles Hawes) descubrió en Gurniá centros artesanales donde el marfil y el oro eran las materias primas. En este sentido, uno de los objetos minoicos más llamativos es un colgante de oro macizo que representa unas abejas y un panal.⁴⁵ Creta era una isla llena de Dédalos y Dédalas. De hecho, es muy probable que las mujeres hiciesen muchas de estas artesanías. En todo caso, si eran ellas las que estaban a cargo del

comercio de sus propios productos textiles, lo que es más que probable, su contribución a la economía minoica debió ser muy destacada.

Puede que nunca hubiera una reina llamada Pasífae que se aparease con un toro, pero lo cierto es que en la Creta minoica había imágenes de estos animales por todas partes, lo que no hacía sino reforzar el poder del mito. Aparecían en todo tipo de objetos, desde decoraciones y pinturas murales hasta vasijas para la bebida (una de las más impresionantes, descubierta cerca del palacio de Cnosos, es un *rhyton* de esteatita negra utilizado para escanciar líquidos y que tiene forma de cabeza bovina, con cuernos dorados y ojos rojos brillantes, del color de la sangre).⁴⁶ Ninguna proeza se consideraba superior en la isla a saltar sobre un toro en plena embestida. No existía un método determinado para realizar esta hazaña, conocida como taurocatapsia (salto del toro), y no se sabe con certeza si alguna vez alguien lo logró realmente. Sin embargo, se inmortalizó a los intrépidos acróbatas en frescos y sellos, en sarcófagos y jarrones, en terracota y en bronce, en el momento de lanzarse contra los prominentes torsos de las bestias, o bien utilizando a estas como monturas sobre las que realizar sus piruetas. Una escultura de marfil, realizada hacia 1500 a. C., capta la decidida mirada de concentración de uno de los saltadores mientras se encarama a un toro (ahora desaparecido)⁴⁷ y una figura en bronce de la misma época muestra a otro que hace una voltereta entre los cuernos del animal.⁴⁸

La mayoría de los saltadores en las representaciones encaran a los animales por la parte delantera y no desde atrás. Quienes trabajan con ganado en la actualidad niegan que esto fuera posible, ya que los toros suelen alzar las astas cuando embisten.⁴⁹ Es en este punto en el que las mujeres podían ayudar. Una de las pinturas murales de Cnosos muestra a un saltador que hace el pino sobre el lomo de una imponente bestia, mientras le asisten otras dos personas, aparentemente mujeres vestidas con prendas masculinas.⁵⁰ Una de estas misteriosas figuras está de pie frente al cuerpo alargado del animal y agarra sus cuernos para mantenerlo estable. La otra espera cerca de la grupa con los brazos en alto, para servir de apoyo y sostener al saltador tras desmontar. El caso es que quien fuera que pintase esta obra de arte se esforzó en destacar el papel de las asistentes en la acrobacia. Según una convención artística, se solía representar a los hombres con la piel morena o rojiza, lo que sugería un trabajo al aire libre, mientras que para las mujeres se empleaba un tono blanquecino, que daba a

entender que pasaban mucho tiempo en el interior de las casas. En Egipto, por el contrario, Ahmose-Nefertari, consorte principal y reina de la dinastía XVIII, se muestra a menudo con la piel azul o negra, lo que indicaba su papel sagrado como esposa del dios Amón, una divinidad que también solía representarse con pintura azul. En este fresco cretense, la distinción entre la blancura de las mujeres y el color moreno masculino es más marcada de lo habitual. Es posible que esto se deba a la condición social de quienes aparecen en la imagen más que a su sexo, pero resulta tentador pensar que las figuras blancas son femeninas y que aparecen representadas de tal forma que se subraya la novedad de su participación en un ejercicio típicamente masculino.

Aunque los saltadores de toros de la antigua Creta evocan de inmediato la imagen de Minos y el Minotauro, el mito de la madre del primero, Europa, que también tiene que ver con otro astado, era igual de importante en la vida de la isla. Europa era una princesa legendaria que provenía de la región del actual Líbano, en la que entonces habitaba el pueblo fenicio, cuya civilización surgió más o menos al mismo tiempo que la minoica.⁵¹ El caso es que Zeus la vio a lo lejos y la lujuria que lo poseyó lo hizo temblar. Adoptó la forma de un hermoso toro blanco, se acercó a la princesa y se la llevó a Creta, donde ella, en su inocencia, tuvo un hijo con él. De este modo, Minos era hijo de un toro y padre putativo del monstruoso descendiente de otro.

Artistas posteriores se centraron en la violencia descarnada del Minotauro. Sin embargo, la civilización minoica sabía apreciar el potencial del toro para domesticar y ser domesticado. En este sentido, saltar sobre su lomo constituía un acto de extraordinaria intimidad entre lo humano y lo animal.⁵² Quizá se enseñaba a los muchachos minoicos a dominar a la bestia como medio para alcanzar el dominio sobre sí mismos. Así, bien pudiera ser que su éxito en esta arriesgada pirueta fuera un rito iniciático que marcara la entrada en la edad adulta. Por otro lado, hay pruebas de que esta civilización también sacrificaba toros. No cabe duda de que creían que el animal poseía algún tipo de poder en este mundo y en el más allá.

La conexión de Zeus con Creta era aún más profunda, ya que se suponía que su madre, Rea, le había dado a luz en Licto, en el corazón de la isla.⁵³ Cronos, su esposo, se había tragado viva nada más nacer a toda su progenie anterior, pues temía que alguien le usurpase el trono. En cambio, los espesos bosques en la ladera del monte Dicte ofrecían al nuevo hijo de Rea una buena oportunidad para sobrevi-

vir. De este modo, el bebé, Zeus, pudo nacer sano y salvo y crecer hasta cumplir la pesadilla de su padre y ocupar su lugar como rey de los dioses. Por todo ello, las zonas de Creta en las que había más cuevas cobraron importancia en el culto, sobre todo para las mujeres embarazadas y las madres primerizas, o las que esperaban serlo. Aunque es probable que las primeras ofrendas depositadas en las cavernas del monte Dicte sean anteriores al mito del nacimiento de Zeus, la conexión entre el lugar y el parto de Rea quedó establecida con firmeza en el período posterior a la civilización minoica. Los exvotos, algunos de los cuales fueron descubiertos en las estalagmitas y estalactitas de la gruta, incluían armas, figurillas —tanto de hombres como de mujeres—, una cabeza femenina de terracota con enormes ojos y largas pestañas y parte de lo que habría sido una escultura colosal de una mujer o de una diosa, tal vez la propia Rea.⁵⁴ También se han descubierto representaciones en arcilla de parturientas en Amniso, al norte de Creta, en una cueva que, según Homero, estaba dedicada al culto de Ilitía, diosa del parto.⁵⁵ Son menos detalladas que las de otras culturas, como la que se conserva en la colección de Dumbarton Oaks, descubierta en Sudamérica y asociada a la tradición azteca, en la que una mujer da a luz y enseña los dientes, pero transmiten la misma emoción.⁵⁶

Algunas de las esculturas femeninas más interesantes proceden de la propia Cnosos. Una de las más antiguas, realizada en el siglo XIV a. C., es la figura de una mujer o diosa que levanta sus manos, enormes y en forma de disco, al cielo, mientras un pájaro descansa sobre su cabeza.⁵⁷ También se descubrieron tres «diosas serpiente» en el complejo palaciego, aunque estaban en muy mal estado. Reconstruidas después de que Evans las excavara, para lo que se utilizaron trozos encontrados en la tierra cerca de ellas, parecen ser divinidades, aunque también podría tratarse de sacerdotisas o de otras mujeres minoicas destacadas. Están de pie con los pechos descubiertos, faldas largas hasta el suelo y serpientes en las manos o deslizándose por sus brazos. En el tocado de la más llamativa de las tres hay un gato acomodado, aunque originalmente el animal pertenecía a otra escultura. Las figuras son de fayenza (cristal de cuarzo triturado para obtener una cerámica vidriada) y datan de alrededor del 1600 a. C., cuando el complejo palaciego de Cnosos estaba en su momento de mayor esplendor.

La autenticidad de varias figuras similares conservadas en colecciones y museos de todo el mundo es objeto de controversia. Así, la

diosa del Museo de Bellas Artes de Boston, una estatuilla de 16 centímetros de altura de una mujer con el pecho descubierto y serpientes en las manos, se considera falsa.⁵⁸ Su rostro se parece demasiado al de una mujer de un grupo escultórico de la última fase de la civilización micénica. Las restauraciones y las copias no han hecho sino complicar la interpretación de este tipo de figuras.

Lo cierto es que se han encontrado esculturas de mujeres con serpientes en tantos yacimientos de Creta, incluida Gurniá, que debieron desempeñar un papel fundamental en las creencias religiosas minoicas. Pero ¿qué representaban? ¿Eran diosas de la fertilidad? ¿Protectoras del hogar? ¿Símbolos de la muerte y, a través de la serpiente, que muda la piel, de renacimiento? ¿O bien eran representaciones de una divinidad predecesora de la diosa griega Atenea? ¿Estaban basadas en la hija de Minos, Ariadna? Su relación con la fertilidad es menos evidente que la de algunas esculturas de época anterior descubiertas en la isla. Por ejemplo, la pieza conocida como «diosa de Mirtos» es una jarra de cerámica de la Edad del Bronce Antigua (c. 2500 a. C.) con prominentes pechos redondos hechos en arcilla y fijados al cuerpo, un triángulo pintado para señalar su zona púbica y un recipiente sostenido entre los brazos como si fuera un bebé, con tanto afecto que haría falta mucho valor para atreverse a arrebatarse su contenido.⁵⁹ Varias vasijas minoicas de terracota tienen forma de seno y a veces los pezones sirven de pico para verter el líquido. El caso es que los pechos femeninos, que a menudo quedaban expuestos a simple vista, eran elementos importantes en esta civilización, no solo como símbolos de fertilidad y fuentes de vida, a través de la leche materna, sino también por su belleza. Dada la ubicuidad de los senos en la sociedad, los pechos de las diosas serpiente no serían lo primero en lo que se habría fijado alguien de la cultura minoica. Por el contrario, estas mujeres debían derivar su reputación no tanto por su fertilidad como por su destreza en el manejo de estos reptiles. El Bajo Egipto estaba presidido por una divinidad cobra llamada Uadyet (el Alto Egipto, en cambio, tenía a Nejbet, una diosa buitre), que se creía que protegía al faraón. Llevaba un vestido de culebras y un elaborado tocado. Quizá las diosas serpiente minoicas tenían una función similar y ofrecían protección a quien gobernara Cnosos. En todo caso, parece ser que el manejo de ofidios era una actividad exclusivamente femenina en la Creta de la época. Es posible que las mujeres de esta cultura, o las diosas a las

que veneraban, aprendieran a dominar serpientes del mismo modo en que los hombres aprendían a dominar toros.

Evans sostenía que la religión minoica giraba en torno al culto a una diosa principal que aparecía bajo diversas formas, pero con mayor frecuencia asociada a animales, plantas o al hacha de doble filo. En Egipto en el siglo xiv a. C., la reina Nefertiti y su marido e igual, Akenatón, decretaron el establecimiento de una forma de monoteísmo centrado en el dios solar Atón. Sin embargo, en la cultura minoica resulta difícil trazar la línea divisoria entre una diosa con varias formas y varias deidades diferentes. Quizá sea más útil reconocer las distintas cualidades por las que se las idolatraba. Por ejemplo, una figura femenina en un paisaje en el que hay animales agresivos, como leones, evoca la idea del poder de la divinidad sobre la naturaleza salvaje.

La ubicuidad de las diosas en la religión minoica podría ser un reflejo de la prominencia de las mujeres en la vida cotidiana en esta cultura. Así, en la China de la dinastía Shang, la autoridad de deidades femeninas como la Reina Madre de Oriente y la de Occidente tenía que ver, hasta cierto punto, con el papel destacado que desempeñaban las mujeres en la élite social e incluso en el ejército. Fu Jing y Fu Hao, esposas del rey Wu Ding, dirigían a sus hombres en la batalla y al morir fueron honradas con tumbas monumentales que contenían víctimas de sacrificios humanos, hachas de guerra, cuchillos y puntas de flecha.⁶⁰ En Egipto, muchas de las imágenes de Hatshepsut fueron destruidas o desfiguradas tras su muerte, cuando su nombre fue eliminado de la lista oficial de gobernantes por sus sucesores varones, que pretendían establecer de este modo una descendencia directa del marido de la reina. Es posible que las imágenes de mujeres minoicas llegadas al poder hayan sufrido un maltrato similar. Aunque no hay pruebas de que ninguna de ellas gobernara del mismo modo en que lo hizo Hatshepsut, ni de que dirigiera un ejército, como las mujeres de la dinastía Shang, el gran número de obras de arte en que ocupan una posición central, representadas a mayor tamaño que los hombres, ha llevado a especular con la posibilidad de que la sociedad minoica fuera matriarcal o matrilineal. «La Creta neopalacial», escribe un investigador, «constituye la mejor candidata para una sociedad matriarcal, si es que alguna vez existió una.»⁶¹ No hay nada que indique que la posición de la mujer minoica fuera secundaria en ningún sentido a la del hombre.

Las mujeres minoicas no estaban en absoluto limitadas al telar. Las esculturas las muestran tocando liras, flautas y cítaras, pavoneándose con faldas de volantes y estampados geométricos o levantando los brazos al cielo, como en un trance.⁶² En el conocido como «fresco del graderío» de Cnosos, las figuras femeninas están delineadas con más cuidado que las masculinas, pues cada una de ellas tiene su propia identidad y estilo. Por otro lado, parecen ocupar las salas principales del palacio, mientras que ellos se congregan más lejos y forman una masa anónima. En otras ocasiones, se representa a las mujeres sentadas (lo que solía ser señal de divinidad o autoridad), a menudo junto a hombres o animales que se aproximan a ellas a pie. Por ejemplo, un fresco muy enigmático hallado en Thera muestra a una dama sentada en un estrado, adornada con grandes pendientes de aro, una serpiente en el pelo y un collar de patos, junto a un grifo y a un mono azul que la atiende.⁶³ Del mismo modo, se ha encontrado un anillo de oro en el que una diosa, según se puede suponer, está sentada bajo un árbol y dos mujeres le entregan ofrendas florales. Una figura masculina más pequeña se alza entre ellas con un hacha de doble filo sobre la cabeza.⁶⁴ Al representar al hombre bajo este símbolo y a menor escala que sus compañeras femeninas, quienquiera que grabase el anillo quizá quería dar a entender que se trataba de una visión divina, algo así como un bocadillo para un pensamiento existente solo en la mente de las oferentes. Los árboles, como reconoció Arthur Evans, eran sagrados en la cultura minoica y tal vez se creía que tenían la capacidad de inspirar visiones divinas en quienes los adoraban. Sea como fuere, estas obras de arte contribuyen a la idea de que las mujeres de esta civilización ejercían una considerable autoridad religiosa, tanto en los complejos palaciegos como en la sociedad en general.

En consecuencia, también desempeñaban un papel fundamental en los rituales. En ocasiones, durante las primeras fases de la cultura minoica se enterraba dos veces a las personas fallecidas y se exhumaban los huesos de familiares para introducirlos después en urnas. Sin embargo, lo más habitual era depositar los cadáveres en tumbas de cámara, en *tholos*, monumentos funerarios abovedados con forma de colmena, en sarcófagos de arcilla o, en el caso de bebés, bajo la tarima del suelo de la casa. En el caso del poco habitual sarcófago de piedra caliza de Hagia Triada, hacia 1400 a. C., las pinturas de colores brillantes que lo adornan muestran a tres hombres, que entregan al di-

funto animales de pequeño tamaño y el modelo de una barca. El fallecido permanece de pie frente a su tumba, listo para recibir sus provisiones para la otra vida.⁶⁵ También hay tres mujeres presentes. La primera de ellas vierte una libación en un caldero colocado entre dos hachas verticales, sobre las que hay unas aves posadas; la segunda lleva otros recipientes y la tercera (de piel oscura, como los hombres, lo que es posible que indique un estatus social inferior) toca una lira. En el extremo opuesto del sarcófago, las mujeres asisten al sacrificio de un toro sobre un altar. Asimismo, otras pinturas murales muestran la participación femenina en rituales sangrientos. Por ejemplo, un fresco de Acrotiri muestra a un grupo de mujeres, una de las cuales está sentada junto a una cámara subterránea o piscina lustral con un pie del que mana sangre, igual que de un árbol cercano.⁶⁶ Es posible que las mujeres utilizaran estas piscinas lustrales para purificarse durante o después de la menstruación.

La civilización minoica estaba regida por la conciencia siempre presente de la precariedad de la vida y de la posibilidad de una muerte prematura. Sin embargo, nada podía preparar a la población de Acrotiri para la devastación causada en la ciudad en el siglo XVI a. C. El desastre ocurrió en una fecha indeterminada en los primeros tres cuartos de dicha centuria, con toda probabilidad en primavera o verano. La erupción volcánica que destruyó el asentamiento fue una de las más violentas de la historia. Lanzó al cielo una columna de gases y partículas de decenas de kilómetros de altura, antes de enterrar bajo cenizas todo lo que había a su lado. La actual Santorini y el archipiélago al que pertenece forman parte de la caldera creada durante la erupción.

Los efectos de este fenómeno debieron sentirse en todo el Egeo, en el Mediterráneo y quizá más lejos todavía. Se ha encontrado piedra pómez en un taller de Avaris (Egipto), donde era usada como materia prima para fabricar objetos; esta piedra podría haberse recogido en un lugar más cercano al volcán. Hay quien ha defendido que los inusuales patrones climáticos que aparecen documentados en los *Anales de bambú* en China también fueron desencadenados por los acontecimientos de Thera. En cambio, Creta se encontraba a tan solo 150 kilómetros al sur del epicentro de la catástrofe, pero de forma milagrosa la piedra pómez que cayó en la isla fue relativamente poca. Sin embargo, hay pruebas de que un tsunami, desencadenado por el desastre, afectó a su costa norte y a los puertos que allí estaban situa-

dos. Se han descubierto depósitos de cenizas procedentes de la erupción, así como de conchas y microfauna marina, hasta en Palaikastro, en el interior cretense, hacia el extremo noreste de la isla.⁶⁷

La idea de una Creta sumergida se vinculó con la leyenda de la Atlántida.⁶⁸ Platón describió un reino utópico con ese nombre que fue tragado por el mar tras una catástrofe natural.⁶⁹ La isla, que mencionó en dos diálogos distintos en el siglo IV a. C., guardaba cierta similitud con la Creta minoica. La Atlántida platónica estaba consagrada al dios del mar Poseidón, que la repartió entre los hijos que tuvo con una mortal llamada Clito. De este modo, se convirtió en una poderosa potencia, gobernada por una confederación de reyes que dominaban los archipiélagos vecinos y territorios tan lejanos como la península itálica. La Atlántida era rica en metales, maderas y frutas y había en ella un palacio monumental, que destacaba por su lujosa construcción y por su mobiliario de marfil y oro. También tenía puertos e instalaciones para barcos y un canal que se había excavado hasta el mar. Había muchos toros, que se mantenían en los terrenos consagrados a Poseidón, y los príncipes de la isla solían cazarlos para realizar sacrificios, y otras veces les ofrecían libaciones, mientras prometían obedecer las leyes inscritas en un pilar sagrado. No obstante, las diferencias entre la Atlántida de Platón y la Creta histórica eran importantes. Para empezar, la primera (con toda seguridad ficticia) era más grande que Libia y Asia Menor juntas y estaba situada frente al estrecho de Gibraltar, muy lejos de Creta. Después, y lo que es más obvio, se decía que la Atlántida había desaparecido tras un terremoto, que habría levantado tal cantidad de barro del fondo marino que las aguas que rodeaban su anterior emplazamiento se habrían vuelto innavegables. Sin embargo, es evidente que Creta no se hundió entre las olas.

Si el mito de la Atlántida puede vincularse a Creta de alguna manera, es como alegoría de la desaparición de la civilización minoica, proceso que comenzó tras la catástrofe. Puede que la población de la época tuviera la suerte de escapar al hundimiento bajo las aguas, pero su cultura, utópica a su manera, empezó a declinar aproximadamente un siglo después de la tragedia de Acrotiri. Tal vez nunca se pueda averiguar lo que ocurrió, pero lo cierto es que el comercio cretense se vio interrumpido como consecuencia de la devastación causada en Acrotiri y en la región en general. Como consecuencia, los complejos palaciegos más destacados fueron abandonados, con la excepción de Cnosos, que sobrevivió dos siglos más.

Es probable que no fuera casualidad que un nuevo pueblo, el micénico, llegara en ese momento a la isla. ¿Hubo una lucha entre dos civilizaciones rivales? Existen algunas pruebas de la destrucción de obras de arte minoicas. Por otro lado, ambas culturas ya habían entrado en contacto antes, cuando la influencia cretense se extendió hasta la Grecia continental, el núcleo central del territorio micénico. Estudios recientes han revelado que la composición genética de ambos pueblos era similar, si bien el micénico, considerado en la actualidad como antecesor de la población griega clásica, tenía elementos adicionales ancestrales procedentes de la estepa euroasiática.⁷⁰ Lo cierto es que ambas poblaciones coexistieron en Creta durante un tiempo y que la civilización micénica siguió en deuda con la minoica mucho tiempo después del establecimiento de sus propias tradiciones en la isla. Sin embargo, a largo plazo, la fusión de los dos pueblos resultó problemática, sobre todo para las mujeres, cuyo poder disminuyó en la época micénica. En el siglo XII a.C., esta cultura recién llegada había desbancado a la minoica en su propio territorio, antes de poner sus miras mucho más allá de la isla en forma de toro.